

POR PEQUEÑAS VENGANZAS

I

Cuando el señor don Manuel Tiberio de J. Salazar y Herrera, obispo de Manizales, anunció su viaje pastoral por aquella región, tanto tiempo no vista de su pastor, Emigdia sintió una brusca corriente de sangre fría que le recorrió el cuerpo de abajo a arriba, para luego quedarse en un período de serenidad cerebral, aunque con un temblorcillo del cuerpo.

Desde hacía mucho tiempo; desde que su fortuna limpia vino a menos en manos de su marido pendenciero y borrachín, ella, una mujer que fue rica y orgullosa, sentía miedo al deber de poner el sacramento de la confirmación a sus tres niñitos, escasísimamente sí vestidos de andrajos; y, ahora, la repentina noticia, junto a la ancha piedra del lavadero, llena de sol y espumas de jabón, le hizo el efecto de una serpiente que hubiera llegado nadando por la fuentecilla del gradual.

Sentada a la sombra de unas salvias, sudorosa y colorada, una vecina del campo, que iba del pueblo a su rancho, le contó el júbilo del caserío que ponía arcos y esperaba al pastor.

—¡Doña Emigdia!—fue un grito en re mayor—¿a que no sabe qué v'a pasar?

—Qué, óle? ¿dia'dónde venís?

—Del pueblo, está com'un altar.

—Verdá? ¿y qué hay por allá?

—Ah, pero no sabe? Que viene el obispo.

—No digás! Qué vamos a hacer, por Dios!...

—Esa gente rica está más contenta qui'un baile, quizque hasta banquete y automóvil y más peloterías que pa qué; vusté sabe cómo es ese demonio e gente: no cabe en los trapos de jullera, y ahora, pa qu'el

obispo vea qui' hay si hay cacao, van a echar la casa por la ventana....

La campecina estaba a unos veinte metros del lavadero y, Emigdia se había arrimado a ella, casi inconscientemente, teniendo un poco subida su falda mojada que se pegaba a las pantorrillas, gruesas y blancas, si no era una sombra negra que hacía una tupida vellocidad. La vecina cortó su retahila, e hizo una notable pausa. El caminillo gris, bajo el rigor del verano, parecía un espejo molido, y la mujer hacía en él unos geroglíficos caprichosos con la punta de un viejo paraguas, que dejaba ver por algunas desgarraduras sus interiores de acero y remachaduras de alambre. Un pajarito entre unas ramazones cantaba piscuiss, piscuiss... casi interminablemente.

Ambas habían sonreído indefiniblemente, como lo hace quien se confunde y tiene una lágrima muy honda pero que se ha movido.

Emigdia preguntó:

—Y cuándo viene?

—Ah, pues, dicen que viene ahora mismo, ya estará allá; púúúf!...

II

Hacia unos años, cuando aquello del Quindío era bosque, que ella, por un despecho amoroso y como por vengarse del verdadero novio, se había casado con otro contra la voluntad unánime de su familia, rica y hasta linajuda. Una mañana, aún sin amanecer, se levantó sigilosa, teniendo miedo hasta del sordo choque casi imperceptible de las mantas del lecho, y a oscuras, como pisando el vacío, anduvo los cuartos interiores, pasando junto a la cama de su padre, a quien oyó en una respiración tranquila; estuvo bastantes minutos procurando ahogar el chirrido de las mohosas visagras de

la puerta que daba al corredor. Bajó a la planta baja de la casa por un lazo asegurado arriba de la baranda, casi rompiéndose las manos; abajo, el nuevo amante aventurero, un hombre de una cara buena o mala, según como se le mirara, la recibió en sus brazos nervudos. Había un temblor por todos los músculos y las voces salían estranguladas de malicia; apenas se oían como un suspirar por lo bajo. Se casaron, y con su vivir, se fueron a una colinita, con un valle, una casita de guadua, una fuente y un largo horizonte, que era lo que ella heredara de su madre que antes de la guerra del 85 entregó el alma al Señor.

Al principio aquello fue contento, abonando la pena que daba la cara torva y el odio, que decían había en el viejo padre que aquella mañana se despertó huérfano, y tuvo la maligna idea de romperse el cráneo, hasta que supo que en la aventura de la hija medió el honor de la Iglesia. Estuvo encerrado unos días y condenó a la hija con palabras cortantes como unos filos.

Después, cuando la pasión estuvo harta, porque no había amor, en la casita se presentó como un fantasma un fastidio que puso sombra en todo. Vinole a ella el arrepentimiento, pero no hubo sino astrangularlo porque en el fondo siempre era una mujer de honor, aunque atrevida para ponerlo casi a perderse algunas veces.

Y el hombre los días de la feria en el poblacho, volvía zigzageando el camino de puro ebrio, y poniendo camorras a cuanto pobre diablo tropezaba con él; y, entonces, en la casa, hasta el tiple aguantaba palos; el hombre era el puro infierno. Solamente cuando casi acababa con lo que había, y una vaca era cuanto rumiaba la manga tupida de malezas y de abandono, vino una repentina enmienda. Una vez, después de una ausencia larga de tres días, y casi tocando la noche, vino

cubierto de sangre y con una mera oreja; era un tajo que habiéndole desprendido la concha de una, tropezó duramente en la clavícula del hombro izquierdo, y le costó unas valiosas onzas de sangre; y, a raíz de eso vino, pues, un arrepentimiento mudo, cuya justa explicación se quedó en lo más hondo de Luis Martín. Quedó, con todo una pobreza sin remedio, pero sin ninguno; uno probable, le pareció imposible: allá se tuviera su padre muchos miles, que ella ni osaría mirar.

Llegada la repentina noticia de la visita del señor don Manuel Tiberio de J. Salazar y Herrera, entróle a ella una horrible visión interior de desnudez y humillación que pugnaba con su orgullo de casta. Ella sufría aquello, allí lejos de la amistad de antes, pero no el presentarse.

Pasó desvelada una noche.

Era un pensar amargo e insufrible como un martilleo; pensaba y repensaba y volvía a pensar y a repensar.

Hasta que una noche de insomnio, pudo exteriorizar una queja que le comía como un gusanillo el corazón; la voz le tembló en la lengua, y le salió un poco disfrazada de súplica.

—Ya ves, Martín; estos muchachitos... —pensó un poco buscando una fórmula suave de reproche, que creyó justa participándose de él:—*nosotros* tenemos la culpa de su desnudez, ¿qué hacemos?

—Qué vamos a hacer? Nada

Vino una pausa hostil, que ella disimuló haciendo que componía en la sombra una almohada.

—Pero no sabes que vino el obispo?

El hombre refunfuñó de un modo protestativo a la noticia. A ella le vino una pequeña energía y aprovechó, aunque presintiendo un choque:

—...y vos no te afanás, ahora en esta necesidad;

ve, aunque sea, alguno te presta, y aunque tengás que jornaliar, pero no dejés estos muchachitos así...

El hombre se enfureció repentinamente, pero, era una ira de disfraz, por evitar un largo reproche a su pasado de ladrón de sus hijos: se simuló airado.

—Maldita sea la cantaleta; más valiera que me alzaran los demonios ahora mismo, ¡que desgracia!...

Era su táctica siempre mostrarse enfurecido porque no le vinieran contradicciones, respetando su prevenimiento agrio. En otra época, cuando aún tenía un caballo ágil y brioso y se enemistaba con su mujer, montado en él, hacía peligrosos juegos en su presencia, hasta que ella, temerosa de una desgracia, le suplicaba que no hiciera eso por amor de ella y sus hijos; ... por el amor de Dios.

Pero esta vez, Emigdia, se sintió autorizada, y con alguna virilidad siguió:

—Pues, entonces, yo sabré... ¡no lo necesito!...

—Ah, andrajo!... ¡lárgate, andrajo!—e incorporándose, lleno ya de ira positiva, la empujó contra la puerta, que, desquiciándose, cayó como un enorme zapazo al alero gris de luna menguante. Ella vio manchas amarillentas en el aparente vacío negro de los ojos, y sintió retorcijones interiores, la venganza momentánea que se derrumba por impotente; empero, preguntó amenazante:

—¿Andrajo?!—tenía las manos crispadas.

—¡Sí! ¡Andrajo!...

—Se le cayeron las manos; ella, una mujer débil, era una irrisión que levantara manos airadas contra un león de hombre; allá en su fondo lo entendió, y se puso a llorar, pero jurándole una venganza humillante. ¡Que ese hombre la insultara a ella! Con saboreos de miel dijo imperativa:

—¡Infeliz, olvida que lo he mantenido!... Vinó un nuevo ataque brutal.

—¡Ah, so...!...—y echándola, agregó unas palabras que sonaron como unas blasfemias en los oídos de los muchachitos que se miraron unos a otros en una mudez espantable.

La luna se metía por entre algunas nubes, y el potrero, un poco empinado, pareció un terciopelo gris.

Recostada a la cerca de guadas travadas del patio de la casita, Emigdia, mientras lloraba oyendo las quejas de sus hijos allá adentro, sintió esa humana necesidad de un confidente que tuviera una pasión igual contra su Luis Martín; y, llena de su furia interna, entre dos humillaciones, escogió la menos afrentosa, según creía, y ciega, sin querer meditar por miedo de arrepentirse, se volvió al calorcito del hogar.

Quería ella como vencer, postrar, humillar, al macho altanero y desconsiderado, y anduvo en busca de una ayuda.

Su promesa de no volver al padre quedó como borrada por su pasión de venganza; dijérase una ley escrita borrada por una ola de tinta.

Cuando estuvo en la casa, cuando repentinamente vio al padre que olvidado de aquello un momento, le tendió sus brazos, despertó bruscamente de su idiotez rabiosa y retrocedió en su corazón; sintió una repugnancia instantánea, un deseo de irse de nuevo sin parecer que hubiera venido a rogar. Un momento, con los brazos de su padre al cuello, intentó violentarlo de palabras para aparentarse firme en su alejamiento paternal; pero más pudieron los mimos quietos, sobrios, sabios.

El viejo conocedor de esas intimidades tímidas humanas, empezó a hablar como de una cosa común, co-

mo de algo viejo; sus palabras eran como una ceniza que cubría el tiempo ido que allí pareció no existir.

Emigdia, se fue sintiendo, verdad, como una persona de adentro, no como novedad; sintió lo que un perrillo que se vence con cariños remedantes de los viejos y acostumbrados del amo.

El viejo se sentó hablando comunísimamente. Ella estaba vencida, no podía resistir. Hubo un trago de vino. Cuando ella lo vio delante se atrevió a una protesta; le pareció un brusco acercamiento al hogar.

—No. Yo no quiero,—y extendió negativamente la mano. Se hizo una pausa con los ojos confundidos, abiertos pero no viendo nada.

—No; tómelo, mi hija, es del que hemos tomado siempre.

Cogió aquello torpemente y lo apuró rápida como si fuera un ascua; los ademanes fueron bruscos, desordenados. Luégo vino una calma, de lucimiento de la razón, y sintiéndose como integrada dulcemente, unida de nuevo allí, rompió en unas humilladas y emotivas explicaciones que salían trucas y que para ella eran un desagravio, un expurgar de culpa, un limpiar una mancha; echó los brazos al cuello del viejo y guardando la cara se confundía en ruegos.

—Vea, papá, perdóneme... yo me fuí...—un ataque de lágrimas que parecían nacerle en la garganta le ahogó el discurso; luégo, entre sollozo y sollozo, decía confusamente, como un testimonio para pedir una limosna: ¡mis hijitos!...

—No se confunda, deje esos nervios; usted no vuelve aquí porque nunca se ha ido su recuerdo; aquí ha vivido siempre en su casa y en mi cariño... siempre es la hija....

Claro es que se esquivaba nombrar ese motivo superior que había, y, se fingía nulo. Hubo, pues, un pe-

ríodo de reposo en el que hubo un silencio obligado, porque de repente no sonase una fibra de ese sentimiento penoso; se le trataba como a una guitarra, cuyas cuerdas se hieren hasta con las suaves voces de un cantar.

El viejo triunfó; y, tal anduvo en sus tientos conciliadores, que, sin repugnancias, fue aceptada su ayuda que pondría de gala a los nietos desnudos para el sacramento que confirma.

Al medio día, con el sol encendido, ella volvió a su vivienda de la montaña con un temorcillo casi invencible, y, un arrepentimiento incipiente de haber tornado así al hogar. Entró casi esforzándose para que ni el polvo del patio hiciese ruido. Cuando se va con orgullo y se vuelve, se vuelve con humilde temor. No se creía, pero ni capaz de decir a Luis Martín, hosco y callado, una palabra de disimulo. Se reprochó su timidez y debilidad y esperó a que el hombre empezase la primera queja. Caminaba por ahí en el interior sin atreverse a pasar delante del hombre, que, sentado en el estrecho corredor, estaba firme como dueño absoluto, contenido, quizá, por no encontrar una fórmula de reproche igual a su enojo. Fue un largo rato. A Emigdia le fue naciendo un ataque de horfandad y sintió deseos de aliviarse llorando; deseos incontenibles y, calladamente, porque el hombre no viera, atravesó el patio por el caminillo del lavadero.

Adentro, en el cuartucho, en palabras bajas, ella les anunció que se iban donde su papá, bien vestidos, bien cuidados, sin insultos, ricos. Se los dijo como un regalo siquier de esperanza que les traía del pueblo.

Apenas se fue a llorar, ocultando el cuerpo por entre un zanjón malezado que, metiéndose al gradual doblaba hacia el lavadero, el hombre tuvo una revelación violenta.

—Papá: nos vamos p'onde el abuelito; nos vamos papá, vámonos ya!—Bernardito, el mayor, hacia alegrías en un palo que le hacía veces de caballo por los corredores del rancho.

El hombre se levantó, se puso su guarniel, una peinilla de largo acero, hizo un lío de trapos y empezó a caminar con un afán indecible, de la cusucha al portón del patio, a la huerta, a la cosina que era separada de la casita.

—¡Emigdia!...

Hasta la cañada fue el eco ronco y airado; la única vaquita que quedó de sus parrandas, y que estaba echada a la sombra de un písamo, florido como una juventud, alzó lentamente la cabeza y puso sus ojazos en la maldita vivienda; el ternero se levantó parsimoniosamente, se desperezó, puso la cola horizontal, dobló el espinazo como esquivando una carga y volvió a su quietud.

Ella vino, haciendo esfuerzo por poner serena su cara oji-roja de llorar. Cuando oyó la voz ronca e imperiosa, en el cristalito del agua se vio la cara y arregló el pelo.

—Conque fuites ondése viejo bellaco a rogame y pintale nuestra miseria?, pues, sabé y entendé qui'hasta hoy me ves so cuero. Me largo anque siá pa los infiernos; bien aburrido estoy; y, tamién sabé y entendé qu'ése viejo'e los infiernos es mi enemigo; vos no sabés lo...lo...so... qués ese viejo hambre; me largo pa siempre, y qu'infiernos.

La mujer no encontró palabras para disculparse y se limitó a expresar su negativa a dejarle ir plantándose delante de la puerta que sostenía cerrada. Luis Martín, después de terminar, dio un ronquido de desahogo, y se adelantó a la puerta que empujó violentamente, sin que llegara a abrirla, venciendo la fuerza de Emigdia.

—Quitáte di'hay—y siguió presionándola. Ella mostró entonces una cara suplicatoria, llena de lágrimas que iban abajo silenciosamente, y se limitó a una súplica moderada:

—Fijáte, por Dios, lo que hacés; acordáte de los pobrecitos!... ¡Acordáte!...

—Vos tenés la culpa, so cuajo!...

Sin embargo, algo lo detenía, porque no se atrevió aun a violentar la puerta que tenía cerradura de brazos de mujer. En los ojos y frente se adivinaba la tempestad interior de Luis Martín. Y vino una pausa durante la cual se serenó un poco; retrocedió un tanto de su intento, y con una pobre esperanza de que quizá, no se hubiera humillado su miseria al viejo padre de Emigdia, preguntó:

—¿Y te humillastes?

—No, hombre, mi padre nos llama; no pensés...

Con su esperanza rompida, aquel pecado de hombre se llenó de furor, y, empujando horriblemente la puerta, echó a rodar bruscamente la hembra suplicante, que, confundida con el polvo, pareció un momento una furia epiléptica.

—¡Me largo, me largo! ... Andrajo miserable! ... Dio un grito, y agregó unas blasfemias, que hicieron un eco demoníaco en las espesuras del gradual.

Empezaba a oscurecer, y un vientecillo rápido andaba llevando un escaso olor de písamos florecidos.

Los muchachitos, los hijitos, se acercaron e interrogaron con ojos de horror.

—No lo dejen ir, llámenlo.—Emigdia echaba mano del último amor de la casa.

A él se le vio hasta el perfil del alto, envuelto en una luna semi-borrada, entre nubes, aun tocadas de un amarillo negruzco de sol que se muere.

Hasta cuando se le veía, había esperanza, un tal vez... cuando se perdió, abandono, desesperanza, orfandad.

Los muchachitos con voces claras, y un poco conmovidos, corrían por el caminito sinuoso, que, por entre atamisas olorosas, llevaba a lo desconocido, combinándose con otros caminos, gritando: ¡papááá!... ¡papááá!...

El gradual como una esperanza mentirosa repetía, ¡aaa!... ¡aaa!...

El viejo abuelo, don Agustín, vino entonces a recoger ese abandono.

Claro es que hubo explicaciones: Se contó aquello salvaje de la puerta, la furia que la hizo rodar por el polvo; las palabras que hirieron con pavor de crimen a los desnuditos que lo llamaron, cuando allá tras de el alto, siguiendo el camino, se metió por la boca del gradual como por la de una enorme serpiente que no habría de devolverlo nunca...

A don Agustín le corrió la sangre con ánimos vengativos, y no supo cómo bruscamente, confesó un secreto sangriento de cuya revelación se reprochó al instante. Fue en un momentáneo apagamiento racional.

—¡Claro, porque le corté una oreja al bellacaso!...

Emigdia, sorprendida, porque sintió un brusco relampaguear de revelación, apenas repuso dejativamente, a modo de un suspiro largo:

—¡Ah...!

Y vino un silencio como de dos leguas que fue para don Agustín de duro reproche interior.

ONEL MARQUEZ
oficial.

Bogotá, febrero de 1924.